

# UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

## 48. EL HORROR DE LOS HORRORES



**N**OS ENCONTRÁBAMOS en un recinto circular, hecho de gruesas piedras en las que verdeaba la corrupción. El aire, enrarecido, empañaba aún más la débil luminosidad del farol que sostenía el barón.

Giré la vista a mi alrededor. Había una serie de nichos en las paredes, cada uno de ellos clausurado por barrotes enmohecidos. Vi objetos blancos y hediondos en la penumbra de esos huecos... No sentí deseo alguno de aproximarme para distinguirlos mejor.

Sigilosas carreras de roedores, más el *drip-drip* de alguna filtración, componían el único sonido ambiente. Aquel apagado redoble que creí distinguir en un principio resultó ser tan sólo el latir de mi propia sangre.

—¡Las mazmorras de Czetjey! —dijo el barón—. Toda una historia de vicios y crueldades, escrita en caracteres de muerte y putrefacción... Pero esto pertenece al pasado.

—Barón —interpuse—, ¿es cierto que en una de estas celdas está...?

—¿El cuerpo de Elizabeth Bathory? ¡Sí, es verdad!

Aspiré profundamente. El aire viciado me lastimó los pulmones y me escoció en los ojos.

—¿Eso se lo dijo Sandor? —inquirió con suavidad el barón.

—No. Fue Kurt Vodde... Pero, la verdad, no le creí. ¡Pensé que intentaba burlarse de mí!

—Y no me parece que se haya equivocado en esa suposición. Vodde no podía saber a ciencia cierta si le estaba diciendo a usted la verdad o no. Durante generaciones se repitió por aquí esa leyenda, pero nunca hubo pruebas de su autenticidad. Hasta que mi abuelo Larios...

—Ya veo. Me imagino que habrá dado con el pasadizo por accidente, y...

El barón Bathory sacudió la cabeza.

—No fue casual —aseguró—. Se lo indicaron.

—¿Se lo...? ¿A quiénes se refiere?

—A Ellos —dijo el barón, sombríamente—. La Hueste Primordial.

—No... le entiendo —balbucí.

—¡Afortunado de usted!... ¿O se imagina que le *haría bien* entender?

**A**PRETÉ los dientes. No podía restarle entidad al pánico inexplicable que me estrujaba hasta el último de los nervios; pero había llegado demasiado lejos como para volverme atrás... ¿Y si el barón pretendía intimidarme, confundirme, igual que Kurt Vodde?... Sentí que las uñas me herían las palmas, pero dije:

—¿Acaso no bajé con usted hasta aquí, barón?

El alzó el rostro. La luz del farol, que sostenía desde un ángulo bajo, confería una apariencia tétrica y distorsionante a sus nobles facciones. Había dos chispas esmeraldinas en las pupilas que me observaban con intensidad.

—Venga conmigo, entonces —dijo por fin.

Atravesamos diametralmente el recinto. Una vez más, él debió hacer jugar determinado mecanismo, pues uno de los enormes bloques de la pared se corrió, para descubrir un nuevo pasaje.

Me aventuré con el barón en su interior. Tuve que taparme la nariz con el pañuelo, pues aquí la fetidez ya resultaba insoportable. Nada podría sobrevivir en un ambiente semejante; ni siquiera cucarachas o ratas.

Por esa misma razón, me dije, *aquello* debió haber estado a salvo...; y no obstante no había sido así.

—¡Dios del...! —barboté, bajo el pañuelo.

**A**LA LUZ incierta del farol del barón, la momia de Elizabeth Bathory recataba parte de su horror. Aquella carne endurecida mediante algún método desconocido, aquellos rasgos alterados hasta una imprecisión entre lo horrible y lo grotesco, se hundían en el compasivo velo de la semipenumbra. Los colgajos de ropa que aún subsistían habían perdido casi por completo el color; sin embargo, pude distinguir el escudo nobiliario, aunque muy vagamente, en uno de los harapos.

Entonces el barón, implacable, se aproximó con la luz en alto. Estiró el brazo para alcanzar el detalle más espantoso de todos con la despiadada revelación lumínica.

—¿Quería ver? ¡Vea, entonces!

Grité.

Lamento verme precisado a confesarlo; sé que no fue muy masculino y mucho menos propio de mi carácter, pero no pude contenerlo. ¡Aquello sobrepasaba todos los límites del horror más obscuro!

Porque en el momificado cadáver se veían sectores descarnados donde afloraba el hueso desnudo; y no cabía duda de que ello se debía a alguna razón infernal..., que no me atrevía a encarar abiertamente, aunque algo la proclamaba en lo más profundo de mí.

—Mi abuelo —oí decir a la voz grave del barón—. Larios Bathory..., ¡el *necrófago*!

—¡No lo creo! —sacudí la cabeza varias veces—. ¡Sería demasiado horroroso para una mente sana el siquiera pensar...!

Entonces me detuve en seco. Me vino a la memoria, súbito y aterrador, el recuerdo de aquella terrible transformación que había creído sorprender en el barón Bathory, allá en la biblioteca...

¿Había sido, en verdad, una alucinación?...

(Continúa)

**¡ESPANTABLE PREMONICIÓN! ¿ESTARÁ POLETTI POR ENFRENTARSE AL MONSTRUO QUE IMAGINA?... ¿EN VERDAD EL REFINADO BARÓN BATHORY PODRÍA CONVERTIRSE EN UNA INMUNDA CRIATURA DE CORRUPCIÓN..., UN ABERRANTE ENGENDRO QUE REPUGNA A LA MISMA NATURALEZA?... SIGUE: "TEXTOS PROHIBIDOS"... SI PIENSA QUE YA NADA LO ATERRORIZARÁ..., ¡ATRÉVASE A SEGUIR LEYENDO! ¡ESTO EMPEORA A CADA CAPÍTULO!...**

## **ALGO SOBRE EL AUTOR**



**Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.**

**Panorama de su obra en:**

**<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>**

**"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.**

**SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:**

**[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)**